

mucho más que á la invasión de Timur, tanto como al imperio llamado mongol de Baber. Muchos indios aceptaron el Islamismo desde las primeras incursiones. Esos musulmanes de raza india se distinguen fácilmente de los musulmanes de raza conquistadora: al abrazar la ley del Profeta no renunciaron (y tampoco lo hicieron los convertidos al cristianismo) á ciertos usos característicos de la raza. Conservaron sus castas; el indio de casta elevada no se trataba con el *mullah* que le había convertido si éste era de raza inferior, y el que se había hecho cristiano no consentía en comer con el misionero que le había bautizado.

La India de los ghuridas había tenido la fortuna de librarse de la invasión de Gengis-Khán, pero esta invasión, aun después de atajada por la muerte del Emperador Inflexible, había trastornado toda el Asia. Vagaban por doquiera partidas sin amo, semejantes á las «grandes compañías», soldados de la Bandera Azul ó guerrilleros turcos, transoxianos ó tibetanos. Sus capitanes buscaban fortuna, botín y tronos. Muchas veces fué blanco el Indostán de las incursiones llamadas mongólicas. En el último año del siglo XIII, Allah, emperador de Dehli, los derrotó frente á los muros de Lahore, y luego de Dehli. En 1303 los mongoles volvieron á presentarse frente á Dehli, y fueron expulsados. En 1304 invadieron el Pendjab y fueron vencidos. Los emperadores de Dehli, obligados sin cesar á acudir á su frontera del Indo para rechazar á los bárbaros del Norte, recuerdan á aquellos emperadores romanos del siglo IV que querían que las tropas de los francos respetaran la barreira del Rin. Los mongoles prisioneros eran tratados como en otros tiempos los prisioneros francos: éstos eran entregados á las fieras en el circo de Tréveris, y aquéllos, en Dehli, fueron pisoteados á millares por los elefantes. Sin embargo, mongoles y francos acabaron por conseguir su objeto, y hasta dieron su nombre al país codiciado por sus primeros batidores.

El imperio afgano-ghurida estaba ya muy debilitado. Indudablemente, la fuerza que lo había fundado, la de una raza, una partida, una dinastía, iba decayendo. Al

cabo de cierto tiempo, en el siglo XIII, dejó de extenderse; en 1303 un ensayo de conquista del Dekkan había fracasado. Al poco tiempo el imperio ni sostenerse podía. Mandando el emperador Firuz III, Bengala, Bear y el Doab se separaron de él, con gobernadores particulares musulmanes, por supuesto, que se convirtieron en soberanos. El espacio se estrechaba á los pies del emperador, y apenas le quedaba Dehli, el Pendjab y ciertos distritos del Afghanistan. Ya no podía luchar con todas las fuerzas de la India musulmana contra la invasión mongólica.

LA INVASIÓN DE TIMUR; BATALLA DE DEHLI.—Ya dijimos á su tiempo cómo concibió Timur el proyecto de conquista de la India y lo presentó á sus consejeros como una guerra santa. Lo mismo que su congénere Mahmud el Ghaznevida, quería suspender su cruzada contra los idólatras, conquistar en el Ganges el título de Ghazi. Su biznieto Baber calcula su ejército en 120.000 caballos encubiertos de hierro. Añade que facilitó el triunfo de Timur la circunstancia de «que no tuvo que habérselas más que con *rai* y *rojás*, porque todas las fuerzas del país no estaban concentradas en la misma mano». Efectivamente, el emperador Mahmud III, nieto de Firuz III, no era obedecido por sus emires, estaba en lucha abierta con su primo Nukrit y le gobernaban dos hermanos, uno de ellos (Ehbal) visir suyo en Delhi y el otro (Sarenk) gobernador del Multan.

En Septiembre de 1398 Timur atravesó el Indo y después el Chinab, tomó la ciudad de Tolumba, que fué saqueada y quemada; no lograron perdón más que las casas de los *Seid*, descendientes ó supuestos descendientes del Profeta. Después del paso del Satledj, atacó á Bhatner, plaza que pasaba por inexpugnable; que fué tomada por capitulación; pero como Timur, con un pretexto cualquiera, mandó decapitar á 500 habitantes, los demás, sin distinción de musulmanes ni paganos, degollaron á sus familias, hicieron una defensa desesperada é incendiaron la ciudad para perecer entre las llamas (Noviembre). La de Ahruny fué quemada por los mongoles, y los habitantes acuchillados ó reducidos á esclavitud, porque no había entre ellos más que «gente grosera é incapaz

de hacer la corte á Su Alteza y pedirle su protección». Otras ciudades tuvieron la misma suerte. Por todos los caminos los jinetes mongoles perseguían y acuchillaban á los fugitivos. Finalmente, por Panipat llegaron frente á Dehli, ciudad imperial. El ejército llevaba consigo 100.000 cautivos. Timur, para quitarse aquella carga, mandó que los mataran hasta el último; «la mayor parte eran guebros é idólatras» (Cheref-ed-Din). Timur, en su autobiografía, dice que en eso atendió al consejo de sus emires, «reconociendo—añade—que obraba de conformidad con las leyes de la guerra». El 3 de Enero de 1399 puso el emperador Mahmud sus fuerzas en orden de batalla; tenía, según Cheref-ed-Din, 10.000 jinetes, 40.000 infantes, numerosos elefantes armados con corazas y prolongaciones de hojas envenenadas en las defensas y torres llenas de ballesteros en los lomos. Parece que ambos ejércitos eran iguales en número, como el de Timur no fuera mayor. El aspecto de los animales guerreros intimidaba á los mongoles, que, al parecer, nunca los habían visto, y creían que flechas y sables no podían atravesar su recia epidermis. Para tranquilizar á sus soldados, Timur tuvo que cubrir su frente de batalla con trampas y con varios obstáculos. Después, con una hábil maniobra, desordenó el ejército indio é hizo que se rompiera la línea de los elefantes, que entonces se dejaron llevar, como bueyes, á garrotazos. La derrota fué general y se persiguió á los vencidos hasta las puertas de Dehli; el emperador Mahmud huyó mucho más lejos.

Los habitantes de la capital pidieron clemencia al vencedor. Concedió una capitulación, pero sus soldados no la respetaron: lograron entrar 15.000 en la ciudad, y entonces empezó, por parte de los mongoles, una serie de saqueos, violaciones y muertes, y por parte de los habitantes una resistencia desesperada, con suicidios é incendios voluntarios. Los habitantes eran diez contra uno pero no formaban más que un rebaño enloquecido. El fanatismo de la soldadesca musulmana hizo lo demás: aborrecían especialmente á los idólatras, guebros, muy numerosos entonces en aquella región de la India. Los degollaban y quemaban sus casas (del

12 al 14 de Enero). Timur acabó por abandonar la ciudad á los soldados: á cada uno de éstos le correspondieron de 20 á 100 cautivos, sin contar infinidad de monedas y alhajas, «porque las mujeres indias andaban cargadas de pedrería; llevaban en los pies y en las manos, y hasta en los dedos de los pies, brazaletes, sortijas y collares» (Cheref-ed-Din). El 15 de Enero le tocó la vez al viejo Dehli, donde habitaban principalmente los guebros, y aunque se refugiaron éstos en la Gran Mezquita, «con el sable en la mano se envió á lo más hondo de los infiernos las almas de aquellos infieles». Timur se reservó los obreros más hábiles, especialmente los picapedreros y marmolistas, para hacer la mezquita que pensaba levantar en Samarkanda por el plano de la de Dehli.

Después bajó por el Ganges, penetró en el Doab, tomó á Mirat por asalto, mandó desollar vivos á los guebros, reducir á esclavitud á sus mujeres y á sus hijos é incendiar la ciudad (26 de Enero). Pasaron Febrero y Marzo asolando el país, destruyendo las pagodas y matando millares de idólatras. Finalmente, «satisfecho de haber acabado con los infieles y purificado el país de la polución de su presencia... victorioso y cargado de botín», Timur mandó la retirada. Observemos en esta frase las dos preocupaciones constantes de Timur: la religión y el botín.

RESULTADOS DE LA ALGARADA DE TIMUR.—Dudoso es que creyera sinceramente haber servido á la religión. Lo que más padeció con su presencia fué la India musulmana. Destruyó al ejército y saqueó la capital de un príncipe que era musulmán como él, sunnita y ortodoxo como él. Y realmente, sus dos grandes victorias, Dehli y Angora, las ganó contra dos sultanes, Mahmud el afgano y Bayezid el osmanlí, que tenían tanto celo ortodoxo, lo menos, como él. Sus triunfos en la India contribuyeron á debilitar más un Estado musulmán de cuya existencia dependía la propagación del Islamismo. Trastornó en aquel país el equilibrio entre los poderes musulmanes y los paganos. No fundó nada. Su incursión devastadora de cinco meses no dejó en pos de sí más que sangre y ruinas. Su victoria no le fué provechosa más que por el botín recogido. En la

India gangética no nombró ningún gobernador nuevo, limitándose á confirmar á los que ya había y se sometieron. Hasta su muerte (1405) rezaron por él en las mezquitas del Ganges, pero éste era un cálculo político de los gobernadores rebeldes y los usurpadores; para no tener que obedecer á su emperador legítimo fingían reconocer la soberanía del lejano emir de Samarkanda, de modo que lo que hizo Timur fué sembrar en la constitución del imperio nuevos gérmenes de disolución. Parecía que ya no había imperio. Lahore, Debalpur, Multan, obedecieron á Khaizzer-Khan; Kanudj, el Auda, Kerra é Ikonpur, á Khaja-Djihán; Guzarate y Malva se declararon independientes. No le quedaba al emperador Mahmud más que su capital devastada, y todavía se instaló en ella su hermano Nukrit en cuanto la dejaron los mongoles, y tuvo que expulsarlo el visir Ehbál. Éste llamó á su emperador, pero fué para mandar en él, para servirse de su título y de su sello (1401). Siquiera Ehbál trabajaba para reconstituir el imperio sometiendo á los rebeldes. Fué muerto en una batalla contra Khaizzer-Khan.

LOS ÚLTIMOS EMPERADORES AFGHANOS.—El desdichado Mahmud murió en 1413. Los emires nombraron *padishah* al emir afgano Dovlet-Ludi; pero Khaizzer-Khan le echó de Dehli, anexionó esta ciudad á sus provincias del Oeste, fué momentáneamente el verdadero emperador, aunque pusiera en primer lugar en las oraciones públicas el nombre de Timur, y después de la muerte de éste, el de Shah-Rukh. Le sucedieron sus hijos, pero el poder no dejó de ser disputado entre emperadores impotentes y visires ambiciosos que aspiraban al título imperial. Un visir fué el afgano Belul-Ludi, cuyo hijo, Iskander, y cuyo nieto, Ibrahim II, fueron los últimos emperadores afganos. En todo este período no hay que mencionar más que un hecho: la aparición de los portugueses en las costas del Indostán, reinando Iskander, que había transportado á Agra la capital.

III.—Los tres primeros emperadores mongoles

BABER.—El fundador de esta dinastía mongólica, que duró hasta el motín de 1857,

era tan poco mongol como el mismo Timur, supuesto descendiente de Gengis-Khan, por su madre; por su padre descendía de Timur, cuarto abuelo suyo. De modo que era realmente un transoxianés, un turco. El uso se ha sobrepuesto á todo, y hasta nuestros días el padishah de la India ha sido llamado en Europa *Gran-Mogol*.

Djahir-ed-Din-Mohammed, más conocido por *Baber* (el Tigre), su nombre de guerra, nació en 1483, año de la muerte de Luis XI. El Turkeistán y el Afghanistan estaban entonces repartidos casi por completo entre príncipes de su familia: uno de sus tíos reinaba en Samarkanda y en Bokhara, otro en Hisar y Kunduz, otro en Tashkend, otro en Kabul y Ghazna. Su padre era sultán de Khokand y Fergana, junto al Yaxartes. Á los doce años heredó á éste, y atacado inmediatamente por dos de sus tíos, se defendió vigorosamente en Endidjan y los distrajo con negociaciones hasta que los dos ejércitos enemigos, diezmados por las enfermedades y la miseria, tuvieron que retirarse. Acudieron otros dos invasores y también fueron rechazados. Entonces, al solicitar servicio en sus banderas los mejores *reitres* del país, pudo tomar la ofensiva: á los catorce años se apoderó de Samarkanda, antigua capital de Timur (1497). Perturbado por nuevas invasiones en sus tierras, la perdió, la recobró, la volvió á perder, y con ella sus Estados hereditarios. Entonces, como Timur en otro tiempo, fué á buscar fortuna (1503). Era —como dijo él mismo—un caballero aventurero. «Todos aquellos, grandes y pequeños, que se reunían á mi alrededor, confiados en mi fortuna, no llegaban á 300 personas, en su mayoría desnudas, sin más armas que garrotes, mal calzados y el cuerpo cubierto de harapos.» Alistó soldados de fortuna, como Kanber-Ali, llamado el *Desollador*, reclutó partidas de mongoles, intervino en las guerras del país, vió á poderosos señores prosternados á sus pies. No era más que un jefe de 200 bandoleros, pero ya se le saludaba con el título de padishah. Cuando creció su ejército, se apoderó de Badakhán, Kabul y Ghazna (1504). Ya estaba instalado en aquel nido de conquistadores, del cual salieron Mahmud el Ghaznevida y Mohammed el

Ghurida. En la otra villa del Indo, por el cual navegó el gran Alejandro, seguía estando el Indostán, con sus pagodas repletas de tesoros y sus ídolos de oro con ojos de pedrería; con el pretexto de exterminar paganos, siempre se podían ganar reinos, botín y gloria. Bien se sabía en Ghazna lo que pasaba en la India. En sus curiosas *Memorias* relata Baber, en pocas páginas, la geografía política de la Península, y ve en ella cinco grandes Estados musulmanes y dos idólatras. Eran los primeros: el Estado del Emperador, que había recobrado algunas de sus provincias del Oeste, pero que á lo largo del Ganges no pasaba de Behar; el reino de Guzarate, el de Malva, el de Bengala y el de Dekkan, muy vasto, pero en el cual no obedecían al soberano sus grandes *begs*. Nominalmente, los cuatro últimos eran vasallos del primero, porque los soberanos que los mandaban, y que ostentaban el título de sultán y de padishah, empezaron por ser oficiales imperiales. Además, su autoridad, usurpada, era muy insegura. «En Bengala—dice Baber—cualquiera que encuentra ocasión de matar al padishah y sustituirle en el trono se convierte también en padishah. Los emires, los visires, los soldados y toda la población agrícola reconocen su autoridad lo mismo que reconocían la de su antecesor.» Los habitantes de Bengala dicen: «Somos fieles al trono y obedecemos al que se sienta en él.» Los dos Estados idólatras eran el del rajá de Bidjnagar y el de Rana-Sanka, príncipe de Chitor, que guerreaba contra el sultán de Malva y casi le había despojado. Además de los siete Estados «hay en las partes remotas del Indostán muchos *raí* y *rajás*, algunos de los cuales han abrazado el Islamismo, mientras otros, protegidos por la distancia ó por la situación inaccesible de su país, no se han sometido á ningún padishah musulmán».

Baber resolvió conquistar aquel país tan dividido. Por los mismos motivos que Mahmud el Ghaznevida, no podía hacer aquella conquista de una vez. Como Mahmud, tenía tierras en Afghanistan y Transoxiana y guerra en ellas, y no quería perder su tierra natal, el origen de su poderío y sus soldados, ni dejar de ser turco para convertirse en

emperador indio. Cada vez que pasaba el Indo tenía que volver para expulsar de sus dominios hereditarios á algún invasor.

CONQUISTA DE LA INDIA; BATALLAS DE PANIPAT Y KANWAHA.—Sus cuatro primeras expediciones dieron por resultado la conquista del Pendjab. La mayor y última, dirigida contra el emperador Ibrahim II, ocurrió el año 1526, el mismo en que se firmó el tratado de Madrid. «Poniendo el pie en el estribo de la decisión y empuñando las riendas de la confianza en Dios, salí contra el sultán Ibrahim, hijo del sultán Iskander, hijo del sultán Belul-Ludi, en cuyo poder estaban entonces la ciudad capital de Delhi y el reino del Indostán. Dicen que este príncipe podía poner 100.000 hombres en pie de guerra, y que entre él y sus emires disponían de 100 elefantes... Porque en el Indostán pueden alistarse á precio de oro guerrilleros llamados *bedhinde*... Si mi adversario hubiera obrado como debía, habría reunido 200.000 hombres; pero, gracias á Dios, no supo contentar á los suyos, ni resolverse á repartirles el dinero amontonado en su tesoro... Además era un joven sin experiencia, sin objeto bien definido, que iba á la ventura y lo arriesgaba todo al azar de una batalla.» Baber asegura que Ibrahim II pudo alistar 500.000 hombres, y afirma que su propio ejército, según las listas, no pasaba de 12.000 hombres, «contando sus funcionarios, los mercaderes y todos los criados».

Encontráronse los dos ejércitos cerca de Panipat, lugar clásico de las batallas de la India, por encontrarse precisamente en el camino de Khaiber á Dehli. La batalla se trabó en la mañana del 11 de Abril y duró hasta el mediodía. El emperador Ibrahim quedó en el campo de batalla con 14.000 ó 15.000 de los suyos. «Á manadas—dice Baber—me trajeron los elefantes con sus conductores.» No habla de su entrada en Dehli, que no era más que capital nominal, sino en Agra, donde tomó posesión del palacio de Ibrahim II.

La destrucción del ejército imperial no aseguraba la conquista de la India, precisamente por no ser ejército nacional, sino del emperador. Parecía que la India se levantaba en masa, los musulmanes se reconcilia-

ban con los idólatras, los emires afghanos con los príncipes radjaputas, y hasta el mismo Rana-Sanka acudió con su contingente. Así se reunieron 100.000 hombres. Asustados los capitanes de Baber por aquella muchedumbre, poco seguros de ciertos aliados, le aconsejaban el regreso á Kabul. Uno de ellos escribió en una pared los siguientes versos: «Como pueda atravesar el Indo sano y salvo, negro me vuelva si deseo ver de nuevo la India.» Á lo cual Baber contestó con estos otros: «Si no puedes soportar el calor de estas comarcas, si prefieres volver á ver la escarcha, iremos á Ghazna.» Sus arengas alentaron á begs y soldados. Un cabecilla le llevó del Afghanistan, acudiendo á su requerimiento, 3.000 arqueros. Pero la acción, al parecer, iba á ser tan reñida, que mandó romper jarros y botellas ante el frente del ejército, y pronunció juramento solemne de no volver á beber vino. Así se trabó la batalla de Kanwaha, á siete millas de Agra (1527). El ejército enemigo estaba compuesto casi todo de caballería. Baber tenía buena infantería, cañones y arcabuceros. En el frente del ejército improvisó un atrinchamiento de carromatos, «á imitación—dice—de lo que practicaban los guerreros de Roma». Todas las cargas de la caballería india se estrellaron contra aquella muralla. Entonces tomó Baber la ofensiva, y desencadenó sus «leones del bosque de valentía». Entonces los «miserables indios se dispersaron en todos sentidos como la lana bajo las púas del peine... (Corán). Sus cadáveres se amontonaron en colinas, y se formaron pirámides con sus cabezas». «Desde esa victoria—prosigue Baber—añadí á mi cifra imperial el título de *Ghazi*.» Siguen estos cuatro versos suyos: «Por la gloria del Islam, he sido un caballero andante; me he batido en más de una ocasión contra los infieles y los indios. Estaba decidido á recibir la palma del martirio; gloria á Dios que me ha dado la palma de *Ghazi*.»

CARÁCTER DEL EMPERADOR BABER.—Baber no es solamente interesante por la conquista de la India, hecho importantísimo en la historia moderna. Fué además un carácter bien templado y uno de los entendimientos más cultivados de su época. Corresponde á este

asiático honroso lugar en aquel siglo XVI, que fué el del Renacimiento europeo y el de tantos grandes soberanos. Sus *Memorias*, redactadas en turco-djagatai, pueden equipararse á los *Comentarios* del francés Monluc. Sus relatos guerreros son exactos, brillantes, casi siempre sencillos en la forma, exentos de pompa oriental, excepto en el relato de la batalla de Kanwaha, donde el recuerdo de los peligros que corrió y su odio contra los idólatras le hacen caer en lo pomposo. Baber fué un poeta de talento fácil, apto para la improvisación, pero conocedor profundo del oficio: inventó 504 variantes para el desarrollo de cierta composición poética. En sus *Memorias* demuestra una curiosidad universal, nos enseña á maravilla la Transoxiana y el Afghanistan, consagrando cincuenta páginas á un cuadro bastante exacto de la India, describiendo los ríos, los montes y los aparatos de riego. Se hace naturalista para describir plantas y animales. elefantes, rinocerontes, búfalos, bueyes, varias clases de gamos, antílopes y monos, aves y reptiles. Sabe la manera india de contar los días y las horas, el sistema de monedas, pesos y medidas. Hace de los indígenas un retrato poco lisonjero: «Están desprovistos de gracia y no se encuentra en su trato nada agradable y que haga desear prolongarlo. Sin capacidad, sin inteligencia ni sociabilidad, desconocen la generosidad y los sentimientos viriles. Carecen de método, de urbanidad, de reglas y de principios.» Luego apunta una observación gastronómica: «No tienen carnes succulentas, ni uvas, ni melones, ni frutos sabrosos, ni hielo, ni agua fresca, ni manjares exquisitos, ni pan de buena calidad.» La India debió mucho á los emperadores mongoles: Baber empezó por plantar viñas y árboles frutales.

Indudablemente Baber no se encontraba en situación de apreciar el arte indio. Lo aborrecía por idólatra. Solía destruir los ídolos, especialmente los obscenos. En cambio estimaba mucho el arte turco, árabe y persa, y fué aficionado muy inteligente. Era de genio alegre, de buen apetito, decididor y gran bebedor. Esta afición al vino le inspiraba remordimientos, y en 1525 había hecho voto de renunciar á beber cuando tuviera

cuarenta años, para lo cual le faltaba uno. Por fin se decidió bruscamente la mañana de la batalla de Kanwaha. Á pesar de su sobrenombre de *Baber*, fué menos cruel que Timur.

EL EMPERADOR HUMAIUN.—Sucesor de Baber fué Humaiun (1530-1566), hijo predilecto del Conquistador, para el cual redactó reglas de conducta muy precisas y de espíritu muy práctico. ¿Qué herencia le dejaba su padre? ¿Estaba verdaderamente conquistada la India? ¿Podía lograrse su conquista con un ejército de 12.000 hombres? 12.000 para la conquista de la India equivalen á 400 para la de un país del tamaño de Inglaterra. Bajo el nuevo poder que acababa de instalarse en Agra, mientras podía trasladarse á Dehli, la India era una masa anárquica é inorgánica, una mezcla confusa de razas y religiones, de afghanos, persas, mongoles, turcos, indios, musulmanes (chiitas y sunnitas), brahmanistas, budistas, parsistas y fetichistas. Los antiguos gobernadores afghanos conservaban

sus provincias, los reyes paganos sus reinos, los *djaguidars* sus *djaguirs* (feudos). Hasta los jefes mongoles traídos por Baber tendían á oprimir, explotar y suplantar al emperador, como antes habían hecho los jefes ghaznevidas y gburidas. El emperador, que se jactaba de cubrir al mundo con la sombra de su quitasol, no solía disponer más que de lo que realmente cabía á la sombra del quitasol. El país era harto variado y vasto para formar un Estado.

Lo que era en realidad la herencia india de Baber lo demuestra la vida de Humaiun, «el Afortunado», título que parece realmente una ironía. Vivió rodeado de grandes vasallos turbulentos; los más próximos á él eran los más agresivos, y los más lejanos se limi-

taban á un homenaje nominal. Fué menos obedecido que los primeros Capetos franceses y su libertad y su vida corrieron los mismos peligros que los últimos Carlovingios. Aquel hijo de un Ghazi no tuvo que luchar contra los idólatras, sino únicamente contra musulmanes. Afortunadamente, todavía le quedaba algo de *reître* turco, de soldado aventurero. En una guerra contra el Bahadur (Héroe) de Guzarate escaló los peñascos del fuerte de Chapanni. En una guerra contra el rey afghano de Bengala, Chir-Khan, el emperador, debilitado por la rebelión de sus



Un palacio indio

hermanos, fué derrotado, despojado de su harén y empujado hasta Agra. Entonces sus dos hermanos, Kamran é Hindal, comprendiendo que estaba en peligro el patrimonio común, se reunieron con él. De todos modos fué derrotado otra vez, echado de Agra y arrojado al Oeste. Rodeado de traidores, se vió expuesto á ser entregado. Pasó entonces el Indo, guerreó en la orilla derecha, y pasó tantas privaciones en el desierto que se le murió de sed el caballo. Tuvo que huir hasta Persia, solicitar la hospitalidad altanera y poco segura del sah Tamasp, que, según sus cálculos ó sus caprichos, le trató con favor ó con desprecio. Para lograr un auxilio de 10.000 hombres prometió abrazar el *chiismo*, á pesar de ser hijo del héroe de la

ortodoxia. Con aquel socorro reconquistó á Kandahar y Kabul (1550), persiguió á Kamran, le apresó, le mandó sacar los ojos (1553) y ocupó de nuevo el Pendjab. Entretanto, Chir-Khan era dueño del Indostán, tan pacíficamente que pudo adquirir el renombre de príncipe prudente y justiciero y llenar de árboles y hospederías el camino del Ganges al Indo. Parecía borrada toda huella de la conquista mongólica; aquello era el desquite de Panipat; empezaba otra vez la dinastía afghana. Pero Chir-Kan no reinó más que cinco años; su heredero Selim, nueve, y al morir éste, su primo Iskander despojó á su hijo, de tierna edad. Había llegado el momento de que Humaiun tomara la ofensiva. En 1555 fué sobre Iskander, que tenía 80.000 hombres, y lo derrotó en Madjuara, junto al Satledj. Á los trece años de destierro volvió como vencedor á su capital, en la cual murió, al año siguiente, de una caída por una escalera (1556). Humaiun ha dejado renombre de príncipe activo, valiente y humano, y Ferishta llega hasta asegurar que habría sido más grande de ser menos clemente. Caballero de veras, llevó su lealtad al extremo de no querer al Bahadur de Guzarate hasta que éste hubiese acabado su guerra contra los idólatras. Fué amigo de las ciencias, especialmente de la astrología.

EL EMPERADOR AKBAR: SUS GUERRAS.—En tiempo de su hijo Akbar, «el Grande», que reinó 49 años (1556-1605), el imperio adquirió más consistencia. Los primeros años de la vida de Akbar no anunciaban la tranquilidad que disfrutó después. Había nacido durante la fuga de su padre, y un traidor se lo había entregado á su tío Kamram; éste, cuando lo sitió Humaiun en Kabul, mandó atar al niño á una pira, á la vista de su padre, jurando que le prendería fuego si no se retiraban los sitiados. Humaiun, no obstante, persistió en el ataque y tomó la ciudad. Salvado el niño por milagro, no tenía más que trece años cuando su bravura determinó la victoria en la batalla contra Iskander. Su padre reconoció que le correspondía el triunfo y le nombró en seguida su heredero. Difícil era la tarea que le incumbía á la muerte de su padre; rivalizaban en insubordinación emires mongoles, gobernadores afghanos,

rajás brahmanistas y tribus montañosas. Era el hombre que hacía falta para domeñar aquella anarquía. Cuéntanse de él sorprendentes rasgos de valor. Atacado en un bosque por un tigre hambriento, lo mató á sablazos. En una guerra contra los bengalíes, impaciente al verse separado del enemigo por el Ganges, se arrojó al río seguido de cien jinetes y sorprendió á los rebeldes en un festín. Su jefe fué el único que se atrevió á hacer cara al emperador, que lo mató de un sablazo. En una guerra contra Guzarate, tomó Akbar la delantera con 2.000 jinetes, llegó como un rayo contra el enemigo y lo dispersó. Para acabar con la guerra de Bengala propuso á Daúd combate singular, montando cada cual su elefante de guerra. Daúd se negó y después emprendió la fuga. Nadie se atrevía á aguardar á Akbar, y cuando se oía la marcha imperial, tocada por sus tambores, todos escapaban á porfía. Fueron conquistados el Pendjab y el Kashmir, se reconoció el imperio en parte del Afghanistan y se consolidó en toda la llanura indogangética, en Guzarate y Orissa. En cambio, en las mesetas del Dekkan no ejercía más que una autoridad nominal.

TOLERANCIA DE AKBAR; ENSAYO DE RELIGIÓN IMPERIAL.—Akbar fué legislador y administrador; redactó una *Estadística* ó *Descripción del imperio*, y en esta obra afirma que ha dado alivio á los pueblos, suprimiendo todos los impuestos, menos el territorial, aboliendo gabelas vejatorias sobre árboles, ganados, artesanos y pescadores. Su educación había andado descuidada durante los años de su infancia errante y azarosa; tenía menos letras que su padre y su abuelo, ambos poetas; pero sin ser poeta ó historiador, gustaba de la poesía y de la historia, y mandó componer los *Tarikhi-al-Fi*, «Crónicas de mil años». Era aficionado á las novedades y se interesaba por los progresos de la artillería. Akbar fué el primer príncipe indio que encendió una pipa con tabaco.

Fué muy tolerante, y buscó apoyo contra sus intratables vasallos musulmanes en los príncipes indios. Por lo demás, parece que fué poco entusiasta por el Islamismo; se burlaba de los imanes y los hacía escapar

metiendo perros y cerdos en el palacio. Acabó por encarcelar ó desterrar á los principales *ulemas*, encargó al jeque Mubarak que hiciera una crítica del Corán, discutió los milagros del profeta, preguntando cómo era posible que un hombre subiera al cielo y volviera á bajar, tuviera con Dios una conversación de más de 90.000 palabras y á su regreso encontrara la cama caliente todavía. Tenía un espíritu abierto, por *dilettantismo* religioso, á las creencias de sus súbditos indígenas. Por ese estilo era todo lo contrario de su sexto abuelo Timur, hombre de la Iglesia y de los monjes *nakhkibendi*, y por lo mismo se parecía á los antiguos emperadores mongoles, en cuyos palacios se veía á los *chamanes* fetichistas, los *sramanas* budistas, los imanes musulmanes y los curas cristianos nestorianos, celebrando sucesivamente las ceremonias de su culto. Akbar era á la vez un escéptico con relación á las religiones existentes y un buscador de religión nueva, un devoto del Dios desconocido, un espíritu alarmado por los misterios del más allá. Se había separado de los *ulemas* porque eran un clero intolerante; probó con los *bráhmanes* y los encontró no menos enfatuados con su sacerdocio. Trataba con gusto á los herejes del Islam, á los derviches chiitas, á los *suffes* de conceptos panteísticos. Oyó hablar de los misioneros portugueses de Goa y pidió que le enviaran algunos. El relato que ha dejado el padre Du Jarric sobre la recepción que obtuvieron del emperador Akbar es curiosísimo. El Gran Mogol se arrodilló delante del crucifijo, como los cristianos, después se prosternó á la manera india y después al estilo persa; admiró una imagen de la Virgen y mandó que le contasen la historia de María. Besó una Biblia que le presentaron, impresa en cuatro idiomas, y confió á los misioneros la educación de su hijo Murad. Si buscaba la tolerancia y las amplias síntesis religiosas, no había de encontrarlas entre los portugueses, que habían implantado la Inquisición y en la pequeña parte de la India que habían sojuzgado destruían las pagodas y rompían la estatua del héroe-mono Hanumán. Vemos entonces á Akbar volverse hacia el budismo, mandar traducir al persa numerosas obras

indias, prohibir (1583) matar animales el domingo y durante seis días del año, dedicarse al régimen vegetariano, practicar ayunos y abstinencias, tonsurarse y hacer menos visitas á su harén. Al mismo tiempo mandó venir de Persia al sacerdote parsi Ardjir, obligaba á sus cortesanos á levantarse cuando llevaban las lámparas al palacio, mandaba coleccionar los cien nombres sánscritos del sol, se presentaba al amanecer en una azotea del palacio y obligaba al pueblo á prosternarse. Se le hubiera tomado entonces por un Darío ó un Cosroes, adorador del fuego. Ni siquiera desdeñaba á los *yoguis* mágicos ó juglares de la India.

Todos estos ensayos no eran para él más que estudios preliminares, una información preparatoria. En su espíritu estaba en gestación una religión nueva que conciliara á todas las sectas brahmanistas ó budistas, cristianas ó musulmanas, politeístas, mono-teístas ó panteístas. Soñaba con una religión imperial, de la cual sería el sumo sacerdote, casi un dios. Sus adictos se reclutaron en todas las sectas, pero sobre todo entre los hombres de espíritu aventurero é innovador, entre quienes se hallaban fuera de la ley y de las castas, entre los *suffes* más ó menos chiitas, los descentrados del brahmanismo y del budismo, y también entre los ambiciosos y los serviles. Todos se agruparon alrededor de una fórmula misteriosa que se inscribió en las monedas y en el encabezamiento de los documentos imperiales: *Allahu Akbar*, que lo mismo podía significar «Dios es grande» que «Akbar es Dios».

Hubo brahmanes que no experimentaron ningún escrúpulo para proclamar que Akbar era un *avatar*, es decir, una encarnación de Brahma, y según los *sramanas* una encarnación de Buda. Viéronse masas de ignorantes que adoptaban tales creencias, que acudían junto al príncipe para verle hacer milagros y pedirle que les curara las enfermedades; unos aldeanos, durante una época de sequía, fueron á suplicarle que mandase llover. Akbar se sonreía y dejaba decir, «pues era demasiado bueno—dice Abu-el-Fazl—para destruir preocupaciones». Más difícil fué imponer á los musulmanes ortodoxos la prosternación á la persa. Para for-

mar la religión nueva cada religión antigua había de renunciar á alguno de los usos ó preocupaciones predilectos: los musulmanes tuvieron que tolerar la existencia de despachos de vino en palacio; los brahmanistas que no se efectuaran los *sati* más que cuando las viudas consintieran en el sacrificio y que se autorizara á las demás para volverse á casar.

En 1593 (cinco años antes del edicto de Nantes) Akbar publicó un edicto general de tolerancia: cuantos habían aceptado el Corán por coacción (y eran muy numerosos) quedaron autorizados á volver á su antigua creencia.

Multiplicábanse las adhesiones á la secta imperial, al *Dini-Ilahi* (Fe Divina). El gran-mufti ó *zader-djahan* se inscribió entre los adeptos. Éstos tenían que firmar la siguiente fórmula: «Libre y voluntariamente he renunciado al Islamismo... Adopto la creencia del divino sah Akbar. Declaro aquí que estoy dispuesto á sacrificarle mi haber y mis bienes, mi vida, mi honor y mi religión.» Fundóse una era nueva desde el año *akbariano*; los adictos á la *Dini-Ilahi* adoptaron los nombres persas de los meses, las catorce fiestas sagradas de los parsis, descuidaron las fiestas, abluciones y llamamientos á la oración musulmanes, sepultaron á sus muertos con la cara vuelta hacia el Occidente y no hacia la Meca, y no admitieron la circuncisión hasta después de los doce años de edad, si consentía el paciente.

Esta religión imperial era, pues, una mezcla de parsismo, sufismo chiíta, budismo y brahmanismo. En el fondo estaba el panteísmo, común á las religiones de la Persia y la India, en oposición directa con el Islamismo. Más en el fondo todavía, el pensamiento libre, la indiferencia respecto á las religiones reveladas. Por último, la tolerancia. Esta secta fué también un partido político que sostuvo enérgicamente al emperador contra los rebeldes y más adelante contra sus hijos insurreccionados. Este culto no le sobrevivió. Sus sucesores volvieron al Islamismo ortodoxo y reanudaron la obra de propaganda musulmana.

Con la muerte de Akbar (1605) acaba este primer período de la historia de los Grandes Mogoles. En las dinastías orientales no suele hallarse más que en los primeros príncipes el temperamento heroico, la originalidad de carácter, el espíritu despierto y creador. Luego sus descendientes se aletargan en los goces del poder, en el ceremonial hieratizado, en la vida de harén, y cuanto puede decirse de ellos es que han vivido y que también el imperio ha vivido, bien ó mal. En la dinastía mongólica, la edad heroica, el período de originalidad, corresponde á los tres reinados de Baber, Humaiún y Akbar. Más adelante encontraremos á sus descendientes; y como el imperio acabó de constituirse en el siglo XVIII, entonces será oportuno estudiar las instituciones, la vida cortesana, la civilización del Indostán mongólico.

BIBLIOGRAFÍA

PERÍODOS ANTIGUOS.—El *Ramayana*, de VALMIKI, ha sido traducido al francés por H. Fauche, 2 vol., abreviado, París, 1864, y en 9 vol., París, 1854-58.—El *Maha-Bahrata*, de VYASA, traducido en fragmentos por diversos autores (T. H. Pavie, 1844; Sadous, 1858; E. Foucaux, 1862; H. Fauche, 1863 y siguientes).—*Çakountala*, de KALIDASA, por A. L. Chézy, 1832; E. Foucaux, 1861; H. Fauche, 1865; A. Bergaigne y A. Lehugeur, 1884.

LASSEN, *Indische Alterthumskunde*, 4 vol., Bona, 1847.—REINAUD, *Mémoires historiques sur l'Inde avant le XI^e siècle, d'après les écrivains arabes, persans, chinois*, en las *Mém. de l'Acad. des Ins.*, t. XVII, 1845 y 1846.—COLEBROOKE,

Miscellaneous Essays, Londres, 1837.—S. LEFMANN, *Gesch. des alten Indiens*, colección Oncken, en 8.º, Berlín, 1890.—A. WEBER, *Indische Skizzen*, Berlín, 1857, y *Die Griechen in Indien*, en los *Sitzungsb. de la Acad. des Sc. de Berlín*, 1890.—VON SALET, *Die Nachfolger Alexanders des Grossen*, 1879.—TH. PRINSEP, *Indian antiquities*, Londres, 1858.—S. LÉVY, artículo *Indoustan*, en la *Nouvelle Encyclopédie*, 1894.

PERÍODOS MODERNOS.—DUBOIS DE JAN-OIGNY, *Inde*, colección de la *Univers pittoresque*, París, 1845.—KAÜPFER, *Gesch. von Ostasien*, Leipzig, 1853.—PRICE, *Chronological Retrospect of the principal events of mohammedan history*,

Londres, 1822.—H. M. ELLIOT, *The History of India as told by its own historians*, editada por J. DOWSON, 8 vol. en 8.º, Londres, 1867-1877: es una recopilación de historiadores musulmanes, con notas y apuntes.

GEOGRAFÍA, ETNOGRAFÍA Y LINGÜÍSTICA.—W. HUNTER, *The imperial Gazetteer of India*, diccionario geográfico, estadístico é histórico, 14 vol. en 8.º, Londres, 1886.—Del mismo, *The Indian Empire*, 2.ª edic.; t. VI de la obra precedente.—E. RECLUS, *Géographie universelle*, t. VIII, *Indoustan*, París, 1883.—SIR JOHN STRACHEY, *L'Inde*, prefacio y traducción por J. HARMAND, París, 1892.—J. BEAMES, *Outlines of Indian philology*, Londres, 1868.—H. YULE, *Hobson-Jobson, a Glossary of anglo-indian colloquial*, Londres, 1886.

RELIGIONES.—A. BARTH, *Les religions de l'Inde*, París, 1879.—KÖEPPEN, *Die Religion des Buddha*, Berlín, 1859, 2 vol., y *Die Lamaische Hierarchie und Kirche*, Berlín, 1854.—E. BURNOUF, *Introduction à l'histoire du bouddhisme*, 2 vol., 1845-1852.—B. SAINT-HILAIRE, *Le Bouddha et sa religion*, 1862.—E. SENART, *Essai sur la légende du Bouddha*, París, 1882.—Del mismo, *Un roi de l'Inde au III^e siècle av. notre ère, Açoka et le bouddhisme*, en *R. des Deux Mondes*, 1.º de Marzo de 1889.—Del mismo, *Inscriptions de Piyadasi*, 2 vol. en 8.º, París, 1881-86.—H. OLDENBERG, *Le Bouddha*, traducción francesa Foucher, París, 1894.—L. LAMARISSE, *L'Inde et le Bouddha*, 3 vol. en 8.º, París, 1893.—M. MÜLBAUER, *Gesch. der katholischen Missionen in Ostindien*, Friburgo (Brisgau), 1852.

FILOSOFÍA, LITERATURA.—F. MAX MÜLLER, *India, What can it teach us?* en 8.º, Londres, 1883.—J. LAHOR, *Histoire de la littérature hindoue; les grands poèmes religieux et philosophiques*, París, 1886.—S. LÉVI, *Le Théâtre Indien*, París, 1870.

RELACIONES DE LOS TURCOS Y MONGOLES CON EL INDOSTAN.—Sobre Mahmud el Gaznevida, Timur, etc., véase la bibliografía de nuestro t. VII, cap. XII, y del t. VIII, capítulo IX.—Extractos de la *Autobiographie de TIMUR*, en el t. III de ELLIOT.—BABER (*Zahireddin Mohammed*), *Mémoires*, edición inglesa de Erskine y Leyden, Londres, 1826; extractos al t. IV de Elliot; traducción francesa sobre el texto djagatai, por A. Pavet de Courteille, 2 vol. en 8.º, París, 1871.—HUMAIUN, *Mémoires*, traducción del persa al inglés por Ch. Stewart, Londres, 1832.—KASIM FERISHTA, traducida por Briggs, *History of the rise of the mahomedan power in India*, 2 vol., Londres, 1829.—A. ERSKINE, *A History of India under the two first sovereigns of the house of Timour: Baber and Humayoun*, 2 vol., Londres, 1854.—DE NOER, *Kaiser Akbar, ein Versuch über die Gesch. Indiens im XVI Jahrhundert*; traducción francesa por C. Bonet-Maury, 2 vol. en 8.º, París, 1883-87.—BADAONI, traducida por E. Rehatsek, bajo el mismo título, *The emperor Akbar's repudiation of Islam*, Bombay, 1866.—Los historiadores musulmanes sobre Humaiun y Akbar, en los t. V y VI de ELLIOT.—El padre DE JARRIG, de la Compañía de Jesús, *Histoire des choses les plus mémorables*, etc., Valenciennes, 1611.

